

Louisa May Alcott

Merienda



E LEJANDRIA

Louisa May Alcott

Merienda



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

MERIENDA

LOUISA MAY ALCOTT

PUBLICADO: 1879
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: ROBERTS BROTHERS, BOSTON, 1880

MERIENDA

—Hermana Jerusha, de verdad que me apena ver a esos queridos chicos comer esos pasteles tan malos y todo eso día tras día, cuando deberían tener cosas buenas y sanas para la merienda. Me muero de ganas de ir a darle a cada uno un buen trozo de pan con mantequilla o una de nuestras galletas grandes —dijo la bondadosa señorita Mehitable Plummer, cogiendo su labor de punto tras una larga mirada al enjambre de chicos que salía en tropel de la escuela de enfrente, para corretear por el patio, sentarse en los postes o meterse en una tienducha mugrienta cercana, en cuyo escaparate se amontonaban pilas de pastelillos y dulces grasientos. No habrían tentado a nadie que no fuesen escolares hambrientos, y deberían haber llevado la etiqueta de Dispepsia y Jaqueca, tan poco sanos eran.

La señorita Jerusha levantó la vista de su decimoséptima colcha de retales y respondió, con una mirada compasiva hacia el otro lado de la calle:

—Si tuviéramos suficiente para repartir entre todos, lo haría yo misma, y salvaría a esos pobres angelitos engañados de los ataques de bilis que sin duda los tumbarán antes de que lleguen las vacaciones. Ese chico gordo ya está amarillo como un limón, y no me extraña, porque le he visto comerse media docena de empanadillas horribles de una sola merienda.

Ambas ancianas movieron la cabeza y suspiraron, pues llevaban una vida muy tranquila en la estrecha casa que daba con su testero a la calle, apretujada entre dos tiendas, tan fuera de lugar como habrían estado las buenas solteronas entre los alegres muchachos de enfrente. Sentadas día tras día junto a las ventanas de la fachada, las ancianas habían aprendido a disfrutar viendo a los chicos, que iban y venían, como abejas a la colmena, mes tras mes. Tenían sus favoritos, y se entretenían muchas largas horas especulando sobre el aspecto, los modales y la probable condición de los muchachos. Un niño cojo era el favorito de la señorita Jerusha, aunque nunca le había dirigido la palabra, y un chico alto y de cara despierta, que se las daba de jefecillo sobre los demás, se ganó por completo el viejo corazón de la señorita Hetty al ayudarla a cruzar la calle un día de resbalones. Ambas ansiaban remendar alguna de aquellas ropas raídas, animar a los apagados y desalentados, aconsejar a los enfermizos, reprender a los groseros y, sobre todo, dar de comer a los que insistían en comprar su merienda en la sucia tienducha de enfrente.

Las buenas almas eran cocineras afamadas, y tenían muchos libros llenos de toda clase de recetas exquisitas, que rara vez usaban, pues vivían con sencillez y recibían poca visita. Cierta clase de galleta de melaza que hacía su honorable madre —un ama de casa de renombre en su tiempo— y que las hermanas comían de niñas, tenía para ellas un encanto especial. Siempre mantenían llena una lata, aunque solo de cuando en cuando picaban una, y preferían regalarlas a los niños pobres, cuando iban trotando al mercado cada día. Muchas veces se había sentido la señorita Hetty gravemente tentada de agasajar a los chicos, pero era un poco tímida, porque eran unos muchachos ásperos, y los consideraba algo así como una gata benévola consideraría a una pandilla de cachorritos traviesos.

Hoy la lata estaba llena de galletas recién hechas, crujientes, doradas y dulces; su olor especiado invadía la habitación, y la puerta del armario de la vajilla estaba abierta de forma sugerente. Las gafas de la señorita Hetty se volvieron hacia allí, y luego regresaron a la animada escena de la calle, como intentando armarse de valor

para la hazaña. Justo entonces ocurrió algo que la decidió, y que selló la suerte de las empanadillas biliosas y de quien las hacía.

Varios de los chicos más pequeños jugaban a las canicas en la acera, pues en el patio se jugaba a la rayuela, a la pídola, y había peleas amistosas, y no se encontraba un rincón tranquilo. El chico gordo estaba sentado en un poste cercano, y, tras comerse su última empanadilla, se puso a chincar a los pequeños que jugaban tranquilamente a sus pies. Uno de ellos era el niño cojo y desaharrapado, que iba dando saltitos de un lado a otro con su muleta, masticando una galleta seca, con alguna escapada de cuando en cuando a la bomba de agua para bajarla. Casi nunca traía merienda, y parecía disfrutar tanto de aquel pobre bocado que el chico grande y de cara despierta le lanzó una manzana roja al salir del patio a buscar su gorra, que le había arrojado allí el compañero al que había estado zurrando en broma.

El niño cojo miró la bonita manzana con cariño, y se disponía a dar el primer delicioso bocado, cuando el joven gordo, de una patada certera, la hizo volar hasta la mitad de la calle, donde una rueda que pasaba la aplastó y la hundió en el barro.

—¡Es una vergüenza! ¡Ese niño *tendrá* algo bueno! ¡El granuja! — Y con esta exclamación algo atropellada, la señorita Hetty dejó caer su labor, corrió al armario y luego se precipitó hacia la puerta de la calle, abrazando la lata como si la casa estuviera ardiendo y aquello contuviera sus tesoros más queridos.

—¡Válgame Dios! ¿Qué le *pasa* a mi hermana? —exclamó la señorita Jerusha, yendo a la ventana justo a tiempo para ver al chico gordo caer del poste cuando el muchacho alto acudió al rescate, mientras el cojito cruzaba la calle a saltitos respondiendo a una voz trémula y bondadosa que le llamaba:

—Ven aquí, niño, y coge una galleta... una docena si las quieres.

—¡Por fin lo ha hecho! —Y, inspirada por aquel ejemplo heroico, la señorita Jerusha abrió de golpe la ventana, diciendo, mientras hacía señas al vengador para que se acercara:

—Tú también, porque defendiste a ese pobre niño. Ven ahora mismo y sírvete.

Charley Howe se rió de las indignadas ancianas, pero, como buen caballero, se quitó la gorra y cruzó corriendo para darles las gracias por su interés en la refriega. Varios otros chicos le siguieron con la misma atracción irresistible de las moscas hacia un tarro de miel, pues la lata prometía dulces, y no esperaron a que los invitaran.

La señorita Hetty era en verdad un espectáculo a la vez noble y cómico, allí de pie, pulcra ancianita, con las cintas de la cofia flotando al viento, su rosado rostro anciano resplandeciente de buena voluntad, mientras repartía galletas a manos llenas, con una palabra amable para todos.

—Aquí tienes una bien grande para ti, querido. No sé tu nombre, pero sí tu cara, y me gusta ver a un chico grande defender a los pequeños —dijo, sonriendo radiante a Charley cuando este se acercó.

—Gracias, señora. Esta es espléndida. Allí enfrente no nos dan nada tan bueno. —Y Charley, agradecido, se zampó la galleta en tres bocados, después de haber regalado su propia merienda.

—¡Ya lo creo que no! Una de estas vale por una docena de esos pasteles asquerosos. Me da rabia veros comerlos, y no creo que vuestras madres sepan lo malos que son —dijo la señorita Hetty, hundiendo la mano para coger otro puñado en el fondo de la lata, que ya estaba medio vacía.

—Ojalá le enseñara al viejo Peck cómo las hace. Nos alegraríamos de comprar estas y dejar en paz los pasteles de cucaracha —dijo Charley, aceptando otra y disfrutando de la diversión, pues la mitad de los chicos observaban la escena desde el otro lado de la calle.

—¡Pasteles de cucaracha! ¿No lo dirás en serio? —exclamó la señorita Hetty, casi dejando caer su carga por el horror que le causó la idea, pues había oído hablar de ranas fricasé y langostas asadas, y pensó que se había descubierto una nueva exquisitez.

—A veces las encontramos en la compota de manzana, y clavos y trocitos de barril en los dulces, así que algunos de nosotros no compramos en la tienda de Peck —respondió Charley; y el pequeño Briggs, el cojo, añadió con entusiasmo:

—Yo nunca lo hago; mi madre no me deja.

—No tiene nunca dinero, por eso —bramó Dickson, el chico gordo, escabulléndose detrás de la valla mientras lo decía.

—No te preocupes, hijo, ven aquí todos los días y *yo* me encargaré de que tengas una buena merienda. Manzanas también, *de las rojas*, si te gustan, con tu galleta —respondió la señorita Hetty, dándole unas palmaditas en la cabeza y lanzando una mirada indignada al otro lado de la calle.

—¡Llorica! ¡Nenaza! ¡El niño de la abuela! —se burló Dickson, y luego echó a correr, porque Charley le lanzó una pelota con tan buena puntería que por poco le da en la nariz.

—Ese chico va a tener ictericia con toda seguridad, y se lo tiene merecido —dijo la señorita Hetty con severidad, mientras dejaba caer la tapa sobre la lata ya vacía; porque mientras hablaba, los desenvueltos jovencitos se habían estado sirviendo por su cuenta.

—Muchísimas gracias, señora, por mi galleta. No se me olvidará venir mañana. —Y el pequeño Briggs le dio la mano con un semblante tan inocente como si el bolsillo de su chaqueta no estuviese abultado de un modo sumamente sospechoso.

—Vas a coger una pulmonía, Hetty —le advirtió a voces la señorita Jerusha, y, captando la indirecta, Charley puso fin a la visita sin más demora.

—Largo de aquí, muchachos. Le estamos agradecidísimos, señora, y yo me encargaré de que ningún tramposo se meta con Briggs.

Entonces los chicos echaron a correr, y la anciana se retiró a su salita para hundirse en su butaca, tan emocionada por aquella pequeña hazaña como si hubiese encabezado un asalto desesperado contra una batería.

—Mañana llenaré esas dos latas grandes e invitaré a todos los chiquillos, si Dios me da vida —dijo casi sin resuello, con un gesto de firme asentimiento, mientras se recomponía la cofia y se alisaba la pulcra falda negra, con la que el viento se había tomado ciertas libertades mientras estuvo de pie en la escalinata.

—No estoy segura de que no sea nuestro deber preparar y vender meriendas buenas y sanas a esos chicos. Podemos permitirnos hacerlo barato, y no nos costaría mucho trabajo. Basta con poner la mesa larga atravesada en el zaguán durante media hora cada día, y dejar que vengan a por un bollo, una galleta o un panecillo con mantequilla. Se podría hacer, hermana —dijo la señorita Jerusha, deseosa de distinguirse ella también de algún modo.

—*iSe hará*, hermana! —Y la señorita Hetty decidió en aquel mismo instante dedicar parte de su tiempo y su destreza a rescatar a aquellos benditos chicos de las garras del sinvergüenza Peck y sus pasteles de cucaracha.

Resultaba grato, además de gracioso, ver con cuánto ahínco se entregaban aquellas buenas almas a la nueva empresa, con cuánto valor se animaban la una a la otra cuando el ánimo amenazaba flaquear, y con cuánta rapidez se convencían de que era un deber proporcionar mejor alimento a los futuros defensores y gobernantes de su patria.

—No se puede esperar que esos ángeles estudien con la cabeza despejada si no se les alimenta como es debido, y la mitad de las mujeres del mundo nunca piensan que lo que entra en el estómago de los niños afecta a su cerebro —declaró la señorita Hetty, mientras al día siguiente extendía enormes láminas de masa, subrayando sus palabras con enérgicos golpes de rodillo.

—Nuestra bendita madre sabía cómo alimentar a una familia. Catorce chicos y chicas robustos, todos vivos y sanos, y tú y yo tan vivarachas a los setenta y uno y a los setenta y dos como la mayoría de la gente a los cuarenta. Buena comida sencilla y en abundancia

es el secreto de una salud firme —respondió la señorita Jerusha, metiendo de un golpe una bandeja de bollos en el horno.

—Más nos vale hacer algo de caramelo de Brighton. Ha pasado de moda, pero a nuestros hermanos les encantaba una barbaridad, y los chicos son más o menos iguales en todo el mundo. La *receta* de mamá nunca falla, y será una novedad para los pequeñines.

—¿Y si nos sobra una lechera y les servimos una buena jarra? Algunos de esos pobrecillos tienen pinta de no haber probado ni una gota. Peck vende cerveza, y la leche es mucho mejor. ¿Lo hacemos, hermana?

—Lo probaremos, Jerushy. De perdidos, al río.

Y siguiendo ese principio, las ancianas hicieron las cosas a lo grande, posponiendo el gran acontecimiento hasta el lunes, para que todo estuviese en perfecto orden. No dijeron nada cuando los chicos pasaron el viernes por la mañana, y todo el sábado, que era día de fiesta en la escuela, lo pasaron muy atareadas.

—¡Vaya! La señorita Hetty *sí que* lo ha hecho, ¿eh? ¡Mira eso, viejo Peck, y tiembla! —exclamó Charley a sus compañeros al bajar por la calle el lunes por la mañana, al ver un pulcro cartelito en la puerta de las señoritas que anunciaba el grato hecho de que dentro podían conseguirse a precios razonables ciertos artículos deliciosos de comida y bebida durante el recreo.

No había cofias en las ventanas, pero tras las cortinas echadas, dos rostros ancianos y radiantes atisbaban para ver cómo se tomaban los chicos el gran anuncio. Quien recuerde la descripción medio cómica, medio patética que hace Hawthorne de las esperanzas y temores de la pobre Hepsibah Pyncheon al disponer sus artículos de pan de jengibre en la tiendecita, podrá comprender algo de la emoción de las hermanas aquel día, a medida que se acercaba el momento en que había de hacerse el primer intento.

—¿Quién abre la puerta? —dijo la señorita Hetty cuando llegó el momento fatídico, y los chicos empezaron a salir en tropel al patio.

—¡Yo! —Y, armándose de valor para la tarea, la señorita Jerusha rodeó la mesa con paso resuelto, abrió la puerta de par en par, y luego, en cuanto el primer alarido de júbilo de los chicos anunció que el festín estaba a la vista, se escabulló de vuelta a la salita presa del pánico.

—¡Ahí vienen... cientos, diría yo por el ruido! —susurró, mientras el tropel de pisadas se acercaba, y el clamor de voces exclamaba:

—¡Qué bollos más chulos! —¿A que esas galletas son de las buenas? —Y cosas nuevas también, con una pinta estupenda. —Ya os dije que no era broma. —¿A que no le hace ninguna gracia a Peck? —Dickson no entra. —Ve tú primero, Charley. —Toma un centavo, Briggs; anda, compra como los demás.

—Estoy tan azorada que no podría dar el cambio ni para salvar la vida —jadeó la señorita Jerusha desde detrás del sofá, adonde se había refugiado.

—Ahora me toca a *mí*. Tranquilízate, que pronto nos acostumbraremos.

Armándose de valor para afrontar las alegres burlas de los chicos, tan nuevas y penosas para la anciana como lo habría sido un peligro real, la señorita Hetty salió al vestíbulo, donde la recibieron con vítores y luego con un coro de peticiones de todo lo que tan tentadoramente se exhibía sobre su mesa. Atrincherada tras una barricada de bollos, fue despachando su mercancía con una rapidez y una destreza cada vez mayores, pues en cuanto un relevo de chicos quedaba satisfecho llegaba otro, hasta que la mesa quedó vacía, se secó la lechera, y no quedó nada que diera fe de lo ocurrido salvo un cubo de agua vacío y un montón de monedas de cinco centavos.

—Espero no haber estafado a nadie, pero estaba tan azorada, hermana, ieran tan ruidosos y tenían tanta hambre! Dios los bendiga; ya estarán llenos, espero yo. —Y la señorita Hetty miró por encima de las gafas los rostros llenos de migas que tenía delante, y recibió a cambio muchos gestos de asentimiento y sonrisas, mientras

sus recientes clientes recomendaban con entusiasmo su establecimiento entre quienes hasta entonces habían preferido las dudosas golosinas de Peck.

—El caramelo de Brighton ha sido un éxito; debemos tener buena provisión para mañana, y más leche. Briggs se la bebía como un bebé, y tu simpático chico brindó a mi salud como el pequeño caballero que es —repuso la señorita Jerusha, que se había atrevido a salir antes de que fuera demasiado tarde, y había hecho los honores de la lechera con gran dignidad, a pesar de cierta trepidación interior ante las asombrosas hazañas realizadas con la jarra.

—Peck se ha quedado con un palmo de narices, si se me permite usar expresión tan vulgar, y *nuestra* merienda ha sido un éxito triunfal. Los chicos saben lo que es bueno, y no tenemos por qué temer perder su clientela mientras podamos abastecerlos. Encargaré un barril de harina enseguida, y encenderé el horno grande. Hemos puesto la mano en la obra y no debemos volvernos atrás, pues ya está en juego nuestro honor.

Con esta elevada observación, la señorita Hetty cerró la puerta, procurando parecer del todo ajena al inquieto Peck, que aplastaba la nariz contra el cristal mugriento de su ventana para espiar a sus rivales por encima de montones de pasteles sin vender.

La pequeña empresa *fue* un éxito, y durante todo aquel invierno las ancianas cumplieron fielmente con su parte, encontrando la tarea más de su gusto que la eterna colcha de retales y las labores de punto, y obteniendo un buen beneficio sobre su inversión, pues eran administradoras avisgadas y estaban ricas en la vieja virtud del ahorro, la energía y la laboriosidad.

Los chicos se deleitaban con aquella comida sana, y pronto aprendieron a querer a «las Tías», como las llamaban, mientras que los padres que se interesaban por el asunto mostraban su aprobación de muchas maneras, sumamente gratificantes para las ancianas.

El triunfo final, sin embargo, fue el cierre de la tienda de Peck por falta de clientela, pues pocos aparte de los chicos lo frecuentaban. Nadie lo lloró, y Dickson confirmó la veracidad de la profecía de la señorita Hetty al sufrir de verdad una fiebre biliosa en primavera.

Pero una nueva sorpresa esperaba a los chicos, pues cuando volvieron en tropel tras las vacaciones de verano, allí estaba la tiendecita, luciendo pintura y mobiliario nuevos, llena de todas las golosinas de siempre, y sobre la puerta un rótulo elegante: «Plummer y Cía.»

—¡Caramba, las Tías van a cubrirse de gloria, no hay duda! Vamos a entrar a que nos lo cuenten todo. Portaos bien ahora, chicos, o luego os las veréis conmigo —ordenó Charley, deteniéndose a mirar a través de los cristales limpios el tentador escaparate.

Entraron en tropel y, dando golpecitos en el mostrador, se dispusieron a saludar a las ancianas como de costumbre, pero, para su gran sorpresa, apareció una joven bonita que, sonriente, les preguntó qué querían.

—Queremos a las Tías, por favor. ¿No es esta su tienda? —dijo el pequeño Briggs, amargamente decepcionado por no encontrar a sus buenas amigas.

—Las encontraréis allí, en casa, como siempre. Sí, esta es su tienda, y yo soy su sobrina. Mi marido es la Cía., y nosotros llevamos la tienda por las tías. Espero que nos honréis con vuestro favor, caballeros.

—¡Sí, sí! ¡Tres vítores por Plummer y Cía.! —exclamó Charley, dando comienzo a tres hurras tan estruendosos que hicieron resonar la tiendecita, y que atrajeron dos cofias a las ventanas de enfrente, mientras dos alegres caras de ancianas sonreían y asentían, henchidas de satisfacción por la revolución tan bien planeada y llevada a cabo.

Merienda

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB